

aseguraron que en el estado en que se hallaban los buques era imposible proseguir adelante.

Manifestaron á Colon que no debian abandonar aquel país que tantas riquezas les ofrecia, y bien fuera por sentir que las fuerzas le abandonaban, bien por que el desengaño empezase á demostrar al almirante el error en que estaba, lo cierto es que desistió del proyecto de buscar el estrecho, y resolvió volver á la costa de Veragua para explorar aquella rica provincia y visitar sus minas.

Si como todos decian, el oro abundaba en ella, cargando sus bajeles con aquel precioso metal podian volver á España é imponer silencio á sus enemigos cuando le acusasen de no haber realizado sus proyectos.

Aquella resolucion puso término á los nobles aspiraciones que le habian guiado durante su vida.

Estaba convencido de que no bastaban sus fuerzas para obtener el logro de sus deseos, y renunciando á la nueva gloria que se habia prometido, comprendió que lo que debia hacer entonces era consolidar lo que habia ganado, y el mejor medio era cargar sus barcos de oro y deslumbrar con él á los que querian amen- guar la grandeza de sus conquistas.

El 5 de Diciembre abandonó Colon el puerto de Retrete, y variando de rumbo, se encaminó á la costa de Veragoa.

### Capitulo XXVIII.

#### Contratiempos.

Una inmensa alegría se apoderó de los tripulantes al ver que Colon, accediendo á sus ruegos, desistia de su propósito y se encaminaba de nuevo á aquellas regiones que encerraban en sus entrañas ricos tesoros, regiones cuya conquista era el único afán de los españoles.

El mismo dia en que salieron del puerto de Retrete, llegaron á Puerto Velo.

Pasaron allí la noche, y al dia siguiente continuaron la marcha.

Pero el viento varió, soplando por la proa.

Tres meses habia esperado el almirante aquel viento para avanzar hácia el soñado estrecho, y preci-

samente en el momento en que desistía de su propósito era cuando soplaba.

Creyeron los españoles que esto le haría renovar sus deseos, pero no fué así.

Aquella coincidencia le entristeció demasiado, y como era piadoso.

—No quiere Dios,—se dijo,—que yo pase adelante.

La alegría volvió de nuevo el ánimo de los españoles, y aguardaron con calma á que cambiase el viento para proseguir el rumbo hácia Veragoa.

Antes de conseguir su deseo tenían que vencer muchas dificultades.

Las embarcaciones se vieron precisadas á volver á Puerto Velo, y precisamente en el momento en que llegaban al puerto, una ráfaga impetuosa les arrojó á alta mar.

La tempestad se desencadenó furiosa sobre sus cabezas.

Nueve dias estuvieron á merced de los vientos, recorriendo mares desconocidos, y en un peligro que aumentaba el mal estado de las embarcaciones.

Colon, al escribir á los reyes lo que habia sucedido:

»—El mar,—les decia,—hervia á veces como una inmensa caldera.

»Otras levantaba sobre nuestros barcos montañas siniestras, cubiertas por la espuma.

»Por la noche las agitadas aguas parecian llamas, por efecto de los átomos luminosos que cubren la superficie de los mares.»

Durante veinticuatro horas el sol y el mar se apa-

recieron á los ojos de los viajeros como una inmensa hoguera, de cuyo seno brotaban sin cesar flamígeros relámpagos.

Separadas las carabelas unas de otras, creían los marineros al escuchar el estampido de los truenos que sus compañeros, próximos á zozobrar, pedían auxilio disparando cañonazos.

Al mismo tiempo una copiosa lluvia caía á torrentes sobre las embarcaciones, y las llenaba de tal modo que no bastaban todas las fuerzas de los marineros para arrojar el agua, habiendo instantes en que se creían próximos á ahogarse.

Los más timoratos veían en lo que les pasaba el castigo de su codicia.

De pronto vieron arremolinarse el agua, y levantarse como una inmensa pirámide.

Era una manga de agua, que los tripulantes vieron horrorizados avanzar hácia ellos.

Creyendo segura su destruccion, postrándose de hinojos sobre cubierta, oyeron recitar á los misioneros el Evangelio de San Juan en medio de una profunda emocion, en una consternacion inmensa.

La manga pasó cerca de las embarcaciones sin tocarlas.

Los marineros todos prorumpieron en gritos de alegría, dando gracias á Dios y atribuyendo el milagro á la eficacia de los pasajes de la sagrada Escritura.

A la tempestad siguió la calma, y durante dos dias pudieron reponerse los tripulantes de las fatigas que habian padecido.

Sin embargo, el temor volvió á apoderarse de su espíritu.

Vieron en torno de las carabelas un gran número de tiburones, que les rodeaban sin cesar.

Esto era un signo de mal agüero.

—Nuestra ruina es segura,—decían todos.—Estos monstruos huelen los cuerpos muertos, y tienen el presentimiento de su presa. Cuando se sitúan al rededor de las embarcaciones, es por que hay enfermos á bordo, ó por que los viajeros están á punto de naufragar.

No habia quien les disuadiese de que la tormenta volveria de nuevo y de que entonces perecerian.

No se realizó, sin embargo, su presentimiento, y al fin pudieron saltar en un puerto que parecia un canal, en donde disfrutaron de algunos dias de descanso.

Al fin y al cabo, el dia de la Natividad del Señor llegaron á un rio, á más de dos leguas del de Veragoa, que los indígenas llamaban rio Tebra.

Colon le bautizó con el nombre de rio de Belen.

Cerca de él habia una poblacion, y una vez ya en la provincia de Veragoa, anclaron los buques, resuelto sus tripulantes á explorar el país.

Un mes habian tardado en su viaje desde Puerto Velo á Veragoa, distante uno de otro unas treinta leguas.

En este tiempo habian sufrido tantos desastres, que para recordarlos dió á aquel paso de la costa el nombre de Costa de los Contratiempos.

Pero ya habian llegado á la realizacion de sus esperanzas, ya estaban en las márgenes de aquel país que encerraba tanto oro, y olvidando el peligro pasado, como sucede siempre, se despertó en el alma de todos la codicia, y no tenian más que un deseo: el de conquistar aquella rica comarca.

Esta fué la última etapa de la vida del inmortal Colon.

Las mismas desventuras que habian pesado sobre la Isabela, debian pesar sobre aquel rico país, uno de los más felices de los que se levantaban en medio del Océano.

Vamos á conocerlas; vamos á ver sus costumbres, su organizacion, su vida; vamos á bosquejar la figura de su rey y los infortunios que sobre él y su raza cayeron á la llegada de los españoles.